

Perspectiva en color del Museo de América, según el proyecto de los arquitectos Feduchi y Moya.

EL MUSEO DE AMÉRICA

EN MADRID

El 19 de abril de 1941, el Ministerio de Educación Nacional realizó, por medio de la letra viva y ejecutiva de un decreto, una ilusión muy española. La ilusión de ver reunidos los recuerdos y la biografía de la fecunda aventura hispánica por tierras americanas, en una colección oficial que "tendrá por objeto exponer con rigurosa fidelidad científica la historia del descubrimiento, conquista y colonización de América; las manifestaciones de la civilización de los pueblos indígenas, antes y después de la conquista; el arte colonial y la labor de las misiones".

Así nació el Museo de América.

En este mismo número podrá el lector contemplar el dibujo de un gran edificio rodeado de árboles a la acuarela y verde césped litográfico. Y al pie, limitando con los últimos colores del pincel, la firma de Luis M. Feduchi y Luis Moya, como autores del bello proyecto arquitectónico.

Así, el Museo de América va a llegar a su mayoría de edad.



Aspecto de una de las salas principales del actual Museo de América, de Madrid, dedicada al arte colonial de Méjico.

HISTORIA DE UN CRECIMIENTO

Nadie nace adulto ni acabado. Seres y cosas han de someterse a un proceso de crecimiento natural, cuyas leyes no es posible eludir. El Museo de América tuvo que seguirlas, aunque sus mentores pusieron empeño en hacer más corto ese trayecto que va desde la idea hasta la realidad.

El Museo vio la luz en el "Boletín Oficial del Estado", un día de primavera, hace siete años. Poco tiempo después dió sus primeros pasos en un ambiente grave, serio y lleno de sabiduría. Fué su primer escenario el local del Museo Arqueológico, a espaldas de la Biblioteca Nacional y el Museo de Arte Moderno, tres entidades señeras de la cultura hispánica, que se agrupan en un edificio de factura clásica, aposentado entre las acacias del paseo de Recoletos y las viejas casas señoriales de la calle de Serrano.

Allí, rodeado de luces y sombras arqueológicas, vivió provisionalmente el Museo de América. Sala a sala, fué creciendo bajo la mirada directa y sagaz del profesor



Vitrina en la instalación provisional del Museo de América, en la que aparecen valiosas piezas del tesoro de los Quimbayas.

D. José Tudela, que cuidó su formación con el rigor y el amor de los buenos educadores. Sólidamente preparado—profesa una cátedra de Historia americana en la Universidad Central—, acometió con entusiasmo la dura y áspera tarea de sacar de la nada un pequeño mundo. Un mundo que resumiese en corto y limitado espacio lo que fué y representó para la civilización universal la llegada a unas playas vírgenes de tres carabelas con nombres españoles.

Hasta trece salas ha llegado a abarcar el Museo de América en la actualidad. En sus vitrinas, varados en el tiempo y en la historia, viven los protagonistas y la crónica plástica de ese suceso que empezó una madrugada en el puerto de Palos y cuyo fin hay que medirlo en siglos de luz. Suceso que por sí solo bastaría para exportar toneladas de gloria a todas las naciones que forman el mapa mundi, y que se agostarían de importancia si no fuese porque pueden mirar con esperanza los campos de trigo, los rebaños de ganado y los bosques sin explotar aún. Todo eso que España regaló a la Humanidad un 12 de octubre.

Cuando se creía que la vida terminaba en el Finisterre y que no había nada más detrás de las últimas gaviotas del Atlántico, la Península ibérica se puso a navegar. Y después de unas alucinantes singaduras, descubrió un continente y rodeó la cintura del globo. Desde entonces, el mapa mundi se hizo redondo y afloró a la geografía un nuevo perfil de increíble riqueza, cuyo pasado, presente y futuro hay que contar en lengua castellana.

Por eso, para que no se olvide nunca el nombre y el origen de la más espectacular y fecunda aventura de la historia, ha de ser el de América el Museo de los museos. Aquel entre cuyos muros modernos y alegres se relate plásticamente "el descubrimiento, conquista y colonización" de la gran entidad americana.

EL HOY Y EL MAÑANA DEL MUSEO

El profesor Tudela nos dice que en las actuales trece salas del Museo sólo hay expuesta, por falta de espacio, una quinta o sexta parte de lo que se dispone, cuyo resto está almacenado en las dependencias ya terminadas del nuevo edificio en construcción.

El director del Museo no está satisfecho aún con el material que ha logrado reunir referente a las culturas prehispánicas, a pesar de disponer de una de las colecciones más completas que se conservan en Europa. Algunas de estas culturas están, hoy por hoy, representadas de modo insuficiente, y de otras, faltan muestras. Y se aspira, en un plazo breve, a que, por medio de objetos originales y de reproducciones, estén representadas en el Museo todas esas culturas, en especial las que alcanzaron los pueblos civilizados.

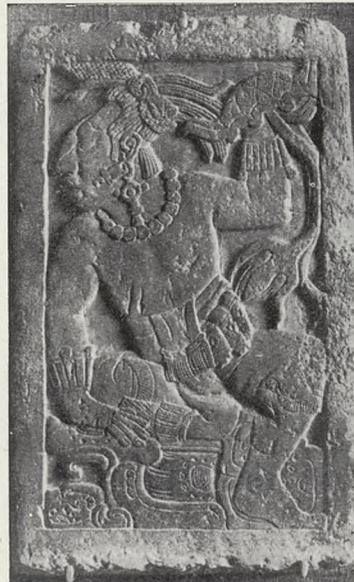
Sin embargo, aunque quede algo por hacer, mucho se ha hecho ya. La documentación histórica que el visitante puede admirar empieza precisamente en esa sección de las culturas prehispánicas, cuya importancia y valor es innegable. Allí se expone el relieve maya de Palenque, llamado también popularmente la "Estela de Madrid". El códice Tre-cortesiano, que es uno de los tres códices mayas que existen. La rodela de plumaria azteca, raro ejemplar de este delicado arte indígena. El famosísimo Tesoro Aureo de los Quimbayas, cuyas piezas no son sobrepasadas, en calidad artística, por las del célebre Museo del Oro de Bogotá. Un magnífico lote de vasos y esculturas, en piedra, de Nicaragua y Costa Rica. Y una serie de cerámica del antiguo Perú, quizá la más nutrida que exista fuera de aquella



Fragmento de un biombo colonial mejicano, en el que se representa el juego del volador.



Cuadro con incrustaciones en nácar, que representa la entrada de Hernán Cortés en Méjico.



Un precioso relieve maya, procedente de Palenque, llamado "Estela de Madrid".



Otro fragmento del biombo colonial mejicano reproducido en la parte superior de esta página.



Página del Códice maya Tro-Cortesiano.

república. En esa serie se destaca la gran Colección Larrea, de arte inca, como lo más notable de ella.

Actualmente, la América Hispánica está representada en el Museo por tres colecciones de objetos de arte virreinal mexicano. Una, de figuritas de cera de tipos populares. Otra, de cerámica de Guadalajara. Y la última, de tablas enconchadas de la conquista de México, con unos cuantos ejemplares de plumería y platería colonial.

Poco, como se ve, en relación con la inmensa estructura geográfica de la América española, pero que en el nuevo Museo tendrá un espléndido desarrollo. Con recursos cartográficos y plásticos se hará una completa y extensa reconstrucción de toda la historia gráfica de los descubrimientos españoles. Y se acometerá la ambiciosa empresa de representar museísticamente la obra colonizadora de España.

Tal representación abarcará todos los aspectos de la colonización hispana. El demográfico, con los problemas de población indígena, española y de mestizaje. El económico, con el intercambio entre los dos continentes de plantas cultivadas y la difusión de la agricultura y la ganadería en América; la implantación de industrias, en especial la minera; las remesas de metales preciosos; la acuñación de moneda, y el intercambio comercial. La cultural, con la implantación de la imprenta y las obras importantes impresas allí; la fundación de Colegios y Universidades; el florecimiento en aquellas tierras de escritores indios, mestizos y españoles; los estudios de filólogos, etnólogos y naturalistas, antecedente ilustre de la ciencia americanista.

Y la obra misional, que comprenderá la gloriosa historia de las "reducciones", y la conversión y civilización de los nativos, desde los barracones elementales de los poblados que se levantaron en las selvas y los desiertos, hasta los grandes conventos-escuelas, donde los indígenas aprendieron el idioma y los oficios españoles. Y el arte colonial, con sus catedrales de peculiar arquitectura, sus iglesias, conventos, santuarios, palacios y casonas; con la pintura y escultura virreinal y sus escuelas, además de las múltiples y exuberantes manifestaciones de la artesanía industrial en platería, cerámica, tejidos, muebles, lapidaria y plumaria.

Las nuevas instalaciones, en resumen, han de constituir un auténtico Museo Etnográfico que exhiba y valore todas las culturas precolombinas; un Museo de Historia y de Arte que represente, en todos los órdenes, el vigor y las huellas del paso español por el nuevo continente, y un Museo, además, de la América contemporánea y su "folklore" actual. Un Museo, en fin, donde desde el especialista hasta los niños de las escuelas, puedan estudiar y aprender todo lo que con él se pretende enseñar.

Y se llamará Museo de América, en toda la amplitud de la palabra, porque en él estarán también presentes las culturas indígenas del Canadá, Estados Unidos y Brasil. Y porque sus límites rebasarán el ámbito virreinal para llegar hasta las manifestaciones de las artes americanas de esta hora: pintura, escultura, arquitectura, artes industriales y artes populares. Sobre todo estas últimas, continuadoras, en gran parte, de la tradición hispánica.

ALGUNAS ADQUISICIONES NOTABLES Y UN LLAMAMIENTO

Desde que se creó el Museo, sus organizadores realizaron adquisiciones valiosas que hoy constituyen el fondo documental

al horizonte, como es costumbre de los demás faros. Quienes vengan hacia la República Dominicana será en lo alto, hacia las estrellas, iluminando la Vía Láctea, donde percibirán el claror del monumento conmemorativo a la gloria colombina y española.

LAS RAZONES DE LA CONSTRUCCION

El arquitecto Joseph L. Gleave ha dado una exacta explicación de su proyecto. Es verdad que las palabras del historiador dominicano Delmonte y Tejada significaban la construcción elevada y vertical propia de los faros antiguos; pero el prestigioso hombre de letras hubiese advertido con facilidad que precisamente la altura motivó el derrumbe de la colosal estatua a raíz de un terremoto.

Y la República Dominicana, centro geográfico del Caribe, es también una zona sísmica de relativa intensidad, a cuya peculiar naturaleza se adaptan mejor que las estilizadas agujas góticas las macizas reciedumbres de las construcciones mayas. En nuestra misma Catedral, tan hermosa y plateresca, falta esa estilización, con la cual no hubiese alcanzado a resistir, ya a través de tantos siglos, temblores y huracanes.

Por lo demás, mejor que yo, de la belleza de la construcción y de cómo la elegancia puede armonizarse con una idea practicista y de perdurabilidad, hablarán claro las fotografías que ilustran el reportaje.

SIMBOLISMO RELIGIOSO

¿Quién ignora que una de las razones más cordiales e íntimas del Descubrimiento fué la propagación de la fe por los españoles? Yo bien sé que todos nosotros fuimos siempre pecadores y que, en ocasiones, llevamos la carne muy a flor de piel. Pero ello no importa. Doquiera llegamos plantamos la cruz. Los más fieros de los conquistadores, sobre el suelo, o con su sangre, la dibujaban para besarla y morir. El P. Las Casas, y forzoso es citarle tratándose de esta isla, dejó dicho de nosotros: *Y en todas aquellas islas y lugares donde desembarcaron se establecieron y dejaron allí una cruz.*

Un monumento que glorificase a Colón y que glorificase también la obra civilizadora de España en América no podía sino estar concebido alrededor de la simbólica cruz, nuestro signo bélicorreligioso. Que la cruz de la espada tiene mucho de cruz de martirio. Si frente a la cruz de madera—según Jorge Manrique—pueden ganar el cielo con oraciones y lloros los buenos religiosos, a los caballeros no les queda otra alternativa que sufrir con buen temple las privaciones de la guerra...

Así lo entendió el propio presidente Trujillo, y éstas son palabras suyas: *Ningún símbolo podría expresar con más sentimiento humano y con mayor significación histórica la solidaridad espiritual de las Repúblicas del Nuevo Mundo que este faro monumental en forma de cruz.*

COLOFON

Ya solamente me queda volver al principio de mi reportaje. Fué significativo que, precisamente, el "Día de las Américas" fuese el elegido en el pasado abril para la inauguración de las obras del Faro a Colón. Y el elegido también para que por primera vez se emplease la energía atómica aplicándola a usos civiles. A una distancia de seiscientos metros volados treinta cartuchos de dinamita por el profesor Cobas, que utilizó una sustancia radiactiva de composición secreta.

Después, el pueblo dominicano, todavía con el regusto de las incidencias de la madrugadora explosión atómica en los labios, contempló la bella exposición de cuadros y maquetas del Faro. Su éxito fué resonantísimo. Esta joven nación vive pendiente de ese glorioso monumento que la honrará y del que, en áurea frase, se dijo—y termino—que servirá de sepulcro a las cenizas del Gran Almirante y de perenne recordación a su inmarcesible gloria.

J O S E M A R I A G A R C I A R O D R I G U E Z

EL MUSEO DE AMERICA

(VIENE DE LA PAGINA 34)

sobre cuyos cimientos se levantara el prometedor futuro que quedó en líneas anteriores.

He aquí una relación de estas adquisiciones: el célebre códice azteca postcortesiano, antes desconocido, y del cual dió cuenta el año pasado en París el profesor Tudela, con ocasión del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas; dos preciosos biombo mejicanos coloniales comprados en Sevilla; una colección de trescientas piezas de arqueología ecuatoriana; varias obras de Cabrera, el mejor pintor mexicano del siglo XVIII; unos cuadros de plumería; una arqueta de concha con guarniciones y otra de cuero acuchillado, mejicanas las dos; un gran tapiz peruano colonial; sahumerios, mates, hierbas y otros objetos de platería sudamericana. Y muy recientemente, un cuadro de seis metros por dos, del pintor Pérez Olgüía, con más de cien figuras, que representa la entrada de un virrey en Potosí, aquel nombre mágico de la quimera argentífera que despertó tantos sueños y leyendas.

En cuanto a las adquisiciones en América, se han pospuesto, por ahora, a la labor de localización, recogida y estudio de los objetos que existen en España. Y cuando esté terminado el nuevo Museo y su capacidad permita acoger dignamente lo demás, se requerirá a las Repúblicas americanas para que hagan sus envíos, a cambio de otras cosas que a ellas interesen y que España pueda entregar.

Por eso el profesor Tudela quiere hacer un llamamiento, por medio de MVNDO HISPANICO, a todos cuantos en España y América—entidades científicas y culturales, especialistas y particulares—, quieran prestar apoyo y colaboración, sumándose a los ofrecimientos existentes ya, para formar el gran Museo que camina rápidamente hacia la mayoría de edad.

DE LO PINTADO A LO VIVO

El dibujo de los arquitectos españoles Feduchi y Moya va convirtiéndose en algo más que acuarela y litografía. Las líneas arquitectónicas pasan del pincel a lo real, de lo pintado a lo vivo. El nuevo Museo de América avanza verticalmente hacia el cielo azul de Castilla. Por encima de los árboles y el paisaje de la Ciudad Universitaria de Madrid—ahora escapados del dibujo para ofrecérsenos con toda realidad vegetal—, despuntan ya los primeros metros de mampostería. La obra se abre paso entre los demás edificios docentes que se extienden Moncloa abajo y pronto reclamará atención especial, solemnidades inaugurales y oleadas de visitantes.

Cuando se coloque la bandera nacional en la última azotea, el Museo quedará instalado en un espléndido palacio, que será el más expresivo monumento levantado a la gran América y a la vieja España. La España soñadora y aventurera que, al cabo de los siglos, vuelve sus ojos actuales hacia las tierras donde dejó su sangre y la semilla de una nueva civilización. Y a través de los meridianos vendrán a darse cita en unas vitrinas todos los pueblos que a un lado y a otro del Atlántico supieron borrar las distancias del "mar tenebroso" con un abrazo eterno. Tan eterno como el idioma que hablan y la savia biológica y espiritual que se entrecruzó en sus venas.

(VIENE DE LA PAGINA 27.)

Se ha colocado, sin darse cuenta, junto al cuadro. Más bien alta, de encarnación un poco rubesiana, rubia de piel y pelo, los ojos de un verde seco y claro, esta duquesa de Veragua no se parece en nada a la otra, por su gesto infantil en las facciones menudas y en la nariz casi respingona. Aclara nuestra sorpresa:

—Yo no me puedo parecer. Yo no soy Colón. Me llamo Eulalia Maroto de Hernán Pérez del Pulgar. De la casa del Gran Capitán...

Entra en el más puro terreno de la lógica que una descendiente del Gran Capitán se case con un descendiente del Descubridor. Pero quien se parece de manera extraordinaria, todo lo que se puede parecer un joven de 1948 a una dama, ya en vislumbres del otoño, del siglo XVIII, a la Duquesa del cuadro, es el hijo de Eulalia Maroto y Hernán Pérez del Pulgar. La nariz y el corte de cara, sobre todo, hablan más que cualquier árbol genealógico.

UN POCO DE GENEALOGIA MUY ACTUAL

—¿Descendiente en línea directa el actual duque de Veragua de Cristóbal Colón?

—Sí.

—Pero él era sólo sobrino del anterior duque de Veragua. Y ustedes tuvieron que pedir al Ministerio de Justicia que les concediera el cambio de apellido. Su hijo se llamaba Cristóbal Carvajal Maroto... y no Cristóbal Colón. ¿No es así?

—Exacto. Pero desciende en línea directa de la casa del Almirante. Le explicaré. El viejo duque de Veragua, el de las patillas...

En esto de las patillas la Duquesa hace una pausa. No necesitamos la aclaración. Vemos al viejo duque de Veragua, con su rostro aguileño, muy parecido al de la dama del cuadro, anclado en el XIX, con sus patillas características, de la época, acaso un poco exageradas...

—El viejo duque de Veragua, Cristóbal Colón y de la Cerda, era abuelo de mi marido. Y tuvo dos hijos: Cristóbal y Pilar. Al varón, Cristóbal Colón y Aguilera, correspondió, como era lógico, el ducado de Veragua, con todos los títulos anexos. Era soltero y fué asesinado durante nuestra guerra. La hija, Pilar Colón y Aguilera, se había casado con Manuel de Carvajal y Hurtado de Mendoza, marqués de Aguilañete, de la casa de los duques de Abrantes. Fruto de este matrimonio, junto con ocho hijas más, fué mi marido...

—¿Que se llamaba?

—Ramón Carvajal y Colón. Como es lógico, llevaba el apellido de su padre primero. Pero al morir mi marido y el anterior duque de Veragua, quedaba como descendiente directo mi hijo, Cristóbal Carvajal Maroto y Colón, bisnieto del viejo duque de Veragua. Hubo que pedir permiso en el Ministerio para que antepusiera el apellido de la abuela paterna, Pilar Colón y Aguilera, al del abuelo paterno, Manuel de Carvajal...

—¿Es la primera vez que sucedió un caso así en la casa de los duques de Veragua?

—Si no exacto, muy semejante. Hará ya siglos que una duquesa de Veragua se casó con un Larreátegui. Y los descendientes se llamaron, no obstante, Colón y Larreátegui...

UN POSIBLE ALMIRANTE DE HECHO

—Comprendemos; aquí el ducado llegó algo por línea femenina... Pero díganos una cosa... ¿Qué tal cree usted, no como madre, sino como aristócrata, con todo eso de "noblesza obliga", que le va a su hijo el ducado de Veragua? Le pertenece por derecho propio... Pero, ¿cómo le va?

La Duquesa sonríe, como si no considerara impertinente nuestra pregunta:

—Puedo decirle una cosa. Excepto el Almirante, mi hijo es el único Cristóbal Colón que es marino de verdad. Su bisabuelo fué ministro de Marina; pero el único marino de la familia es el actual duque de Veragua. Cuando solicitó el ingreso en la Escuela Naval de Marín, el Generalísimo le concedió una plaza de gracia...

—¿Qué es eso de una plaza de gracia?

—Poder ingresar por concesión especial, por gracia se dice, sin necesidad de examen... Pero mi hijo, agradeciendo la cortesía, no quiso aceptar. Cierzo que él, como descendiente del Almirante, tiene todos los derechos. Pero prefirió entrar de verdad, como decía él, como un alumno más...

—Vamos, por justicia. ¿Ingresó en la primera convocatoria? Los exámenes son fuertes...

—En la primera, a los diecisiete años. El adora su carrera. Primero comensó—de niño—la pasión por el mar, la natación y el balandro. Luego él mismo comensó a construir en casa barquitos; es un consumado artífice. Después vino el ingreso en la Escuela Naval, la afición por la náutica...

—Y usted..., un hijo que pierde...

—Se pasó todo el año fuera de casa. Primero, en la Escuela, cuando guardia marina; ahora, que es ya alférez de fragata, siempre en el barco... ¡Tienen tan pocas vacaciones!... Luego, la novia... Es lógico que esté con ella.

Hay un tono de comprensión infinita, maternal y resignada en esta última frase de la duquesa de Veragua.

—Bien. En cuanto al Almirantazgo, vemos que, si prosigue en su carrera, es posible que, al correr de los años, el Almirante efectivo y no simplemente honorario de nuestra flota se vuelva a llamar Cristóbal Colón. Pero... ¿y en cuanto a América?

—No hemos ido ya allí porque mi hijo—mis hijos—tienen que terminar sus estudios. El mayor siente enorme curiosidad y simpatía por América, sobre todo por América Hispana...

Todo es verdad en estas palabras. Hace unos minutos, en estas inevitables frases de cortesía que quedan siempre al margen de la entrevista, Eulalia Carvajal nos preguntó:

—¿Usted es española, ¿verdad?

Se repuso afirmativamente, con un poco de sorpresa.

—No le extrañe la pregunta... Es que aquí han venido muchos americanos... Yo prefiero a los otros—la duquesa de Veragua llama como hispanoamericanos a los yanquis—. Chilenos, argentinos, dominicanos..., todos ellos me simpatizan más, son como españoles...

UNA CONDECORACION HISPANOAMERICANA

—El duque de Veragua—continúa—está muy orgulloso de poseer la Gran Cruz de Santo Domingo, con banda y venera. El, con el Caudillo, es el único que la posee en España...

De unos estuches en piel perfumada, con ese noble olor del cuero bueno, salen cruz, banda y venera. En la cruz, esmaltes rojos y dorados, está la efigie del Almirante. En torno al rostro, reza su nombre, seguido de esta aclaración: Ilustre y Esclarecido Varón. En banda y venera van, además, el escudo de la República de Santo Domingo, sobre el que van las tres palabras cabales: Dios, Patria, Libertad. Tiene gracia este emblema sobre el pecho de un joven aristócrata...

—En qué fecha fué concedida esta cruz?

—Fué la primera que se concedió en España. Debí de ser en junio de mil novecientos cuarenta y tres. Yo di un cocktail en honor de que mi hijo era ya guardia marina. También organicé una Exposición del archivo de la casa...

—¿Piensa publicarlo?

—En su día... Pero, como dice mi hijo, tenemos un verdadero arsenal de documentos. Entre ellos el testamento de don Diego Colón, hijo del Descubridor. La mayor parte de ellos, inéditos. En esta fecha que digo, el ministro de Santo Domingo, señor Morell, impuso la cruz a mi hijo.

Vamos viendo unas fotografías, en las que examinan los documentos colombinos, junto a un duque de Veragua, que es un crío, D. Ramón Menéndez Pidal, el novelista Manuel Halcón, José María Huarte, el marqués de Ciadoncha y el conde de Ruidoms...

—¿Ya no estará su hijo tan joven?...

—Ya tiene veintitrés años. Nació el quince de enero de mil novecientos veinticinco—y nos enseña una foto reciente, de este verano, en la que un joven delgado, moreno, que se parece un poco a Alfonso XIII, da el brazo a su madre—. Es en la boda de mi hija Eulalia con el marqués de Sierra Gullones, hijo de los duques de Nájera. Se celebró en Avila, en casa del marqués de Santo Domingo, mi hermano...

—Pero esta casa está en la misma muralla... ¡Debe de ser maravillosa!...

—Sí... Se llama San Segundo la casa... Fué una boda bonita... Los padrinos fueron, representados por el duque de Nájera y por mí, los condes de Barcelona...

LA VIDA DE UN CRISTOBAL COLON DE 1948

—Bueno; hasta ahora usted nos ha dicho bastante historia... Queremos saber algo de la biografía actual del Cristóbal Colón de hoy. Aunque, puesto que tiene novia y está sometido a la disciplina de Marina, será muy breve en un chico de veintitrés años...

La madre va hablando y surge un duque de Veragua, de un metro setenta de alto, esbelto, moreno, de ojos verdosos, y de vida sana e infantil. En sus temporadas madrileñas duerme bastante, come más, sale con la novia. Baila muy bien—adora el vals—y gusta de la música clásica. Mo-